



NATURALEZA DE LA IDEA Y DE SU HISTORIA

ABELARDO VILLEGAS

1. Una reflexión sobre la idea y su historia requiere, cuando menos, tres puntos a tratar, en relación a la idea misma:

- a) La naturaleza del objeto a la que ella se refiere;
- b) La naturaleza de ella misma y del método que la produce;
- c) Y las vinculaciones sociales e históricas y características personales de quien la concibe.

2. Como se sabe el sentido o significado de una idea radica en el señalamiento del objeto a que se refiere. Este objeto u objetos pueden ser de diferente índole: la idea puede referirse a ella misma o a otra idea. Un ejemplo del primer caso es obvio; uno del segundo lo tenemos cuando la idea se refiere a un triángulo o a un punto o a cualquiera otra entidad matemática o abstracta, tales como el absoluto, la nada, etcétera. Puede también referirse a relaciones entre ideas o entre ideas y cosas. Y, por último, también a algo que no es ella misma y que designaremos con el nombre de cosas, hechos o fenómenos.

La validez o verdad de una idea depende de la vinculación que hay entre ella y su objeto. Pero esta vinculación de verdad no es un problema exclusivamente metódico o teórico, sino que depende también de la naturaleza del objeto.

Hay objetos, como las cosas naturales, que son reiterativos, que se repiten como cosas o como desarrollos y procesos. Con ello queremos decir que la naturaleza tiene toda ella un carácter reiterativo o cíclico, aunque no absolutamente. Gracias a este carácter las ideas del conocimiento natural, si logran describir bien esos procesos, pueden alcanzar un alto grado de validez objetiva y de generalidad.

Este grado de validez y generalidad aumenta si las ideas se refieren a ideas generales o a relaciones entre ellas, como en el caso de la matemática y de la lógica a las cuales llamaremos, echando mano de una terminología muy conocida, ciencias *eidéticas*. Los fenómenos y cosas naturales son de una enorme variedad y constantemente descubren nuevos aspectos y zonas que rectifican el conocimiento de la naturaleza. Esta variedad y reiterabilidad natural permiten al mismo tiempo el progreso y acumulación de los conocimientos naturales. En tanto que el conocimiento eidético, aunque muy exacto, es bastante limitado.

Los fenómenos humanos se desarrollan en el marco de la naturaleza. Y no sólo eso, sino que, por así decirlo, la substancia de que están constituidos es natural. Podríamos decir que lo específicamente humano del hombre es su comportamiento. La estructura de su comportamiento, de su actividad, es la fuente del mundo humano que es, desde luego, diferente al del mundo de los otros seres vivos.

Entre otras características este comportamiento posee la de no ser reiterativo como los procesos de la naturaleza. Aquí cabe aclarar que ningún individuo humano natural, determinado o limitado en el espacio y en el tiempo, se repite; la espacialidad y la temporalidad es justo lo que determina la individualidad y singularidad de cosas y hombres. Lo que se repite en la naturaleza son los procesos y esta repetición, como dijimos, por su regularidad permite la generalización de las ciencias de la naturaleza.

Los procesos humanos pueden repetirse, pero no lo hacen necesaria y regularmente. Y este aspecto de irrepitibilidad es lo que da lugar a la ciencia histórica, como un conocimiento más bien de lo particular que de lo general. Sin embargo, no quiero decir que en la ciencia histórica sea imposible la generalización. Tomemos este enunciado: "las revoluciones triunfantes se dividen". Tal enunciado se refiere a lo que suele ocurrir en forma general, pero no pretende alcanzar el grado de exactitud que puede tener una ley natural.

La irrepitibilidad condiciona el que la ciencia histórica no tenga ante sí el fenómeno mismo que estudia, sino sólo su huella, su vestigio. Por eso el método histórico debe consistir principalmente en inferir los acontecimientos a partir de su huella. Por eso mismo la ciencia histórica no sólo es poco generalística, sino que el grado de exactitud de sus verdades es bastante menor que el que poseen las ciencias naturales y las ciencias eidéticas, que pueden "traer a la vista", prácticamente en forma voluntaria, los fenómenos que desean estudiar.

Pero si tal es el carácter de la historia, es a todas luces incorrecto tratar de extender su inexactitud al resto de los conocimientos, como quiere hacerlo alguna tendencia filosófica.

Uno de los objetivos centrales de la ciencia histórica consistiría precisamente en el registro del cambio o de la reiteración del comportamiento humano. En rigor éste es su objeto de estudio. Lo cual no tiene que llevarnos necesariamente a la conclusión de que lo humano es el cambio. Lo humano, valga nuevamente la paradoja, es todo el mundo humano, y el cambio supone factores cuya permanencia lo hacen posible. Mencionemos de pasada algunos de estos factores permanentes: uno de ellos es la naturaleza misma, otro es el comportamiento psíquico y otro más es la sociedad.

No se trata aquí de enumerar o jerarquizar esos factores, sólo en

forma provisional sostenemos que la diferente estructuración de ellos es el cambio humano mismo.

Ahora bien, la ausencia de repeticiones regulares en la actividad humana, ya lo señalamos, determina el bajo grado de exactitud de la ciencia histórica; y aquí cabe otra aclaración, pues varios de los pensadores que han trabajado la historia de las ideas en América con frecuencia han partido del supuesto de que este grado de inexactitud se debe al sujeto que piensa y a sus determinaciones históricas. Esta suposición tropieza con el hecho de que estando todos los pensadores sometidos a las variantes históricas, los grados de exactitud de los distintos conocimientos varían, desde la física y la matemática hasta la historia. Ello sólo puede explicarse a partir de los distintos tipos de objetos y no de las puras características de los sujetos.

3. Pasemos ahora a la idea como objeto de estudio y en especial como objeto de la historia.

Tenemos que pasar por alto aquí una posible disquisición sobre su substancia. Ya se la conciba como esencialmente diferente de la substancia natural, como un fenómeno natural más o como una simple palabra, vamos a tratar de determinar algunas peculiaridades de ella que no tienen relación con esta cuestión.

Las ideas tienen distinto grado de extensión o generalidad, y en virtud de esto y de sus peculiaridades comprensivas, unas se pueden derivar de otras, en los dos sentidos de la generalidad ideas particulares de generales o viceversa. Con ello queremos afirmar que es propio de la idea el poder ser estructurada en sistemas, en tanto que esta característica no se presenta en los fenómenos naturales. Y, así, cuando hacemos la historia de tal o cual región del conocimiento en vez de encontramos con ideas aisladas nos enfrentamos con paquetes de ideas o sistemas de ideas.

En los sistemas de ideas pueden distinguirse con facilidad algunas que son prácticamente determinantes de todas las demás y a las cuales bien podemos denominar *principios*. El carácter de estos principios varía según las diferentes regiones del conocimiento.

Vamos a incursionar un poco en esta dirección. Dijimos antes que el significado de una idea es la relación que tiene con un objeto. Ahora bien, a las ideas les ocurre un poco lo que a los fenómenos de la naturaleza, que sin ser cíclicas pueden ser traídas voluntariamente a la mirada empírica, cosa que, por ejemplo, no ocurre con un hecho histórico; no podemos traer a la mirada empírica los episodios de la Revolución Francesa, por ejemplo. Pero entonces tenemos casos como los siguientes: podemos traer a examen, tantas veces como queramos, el pensamiento de Sarmiento, sin embargo ocurre que los objetos a que se refiere ese pensamiento ya no están a la vista y sólo quedan vestigios de ellos. Uno de esos vestigios es el propio pensamiento de Sar-

miento. La tiranía de Rosas ya no está a la vista y por eso es difícil determinar la veracidad de las ideas que Sarmiento emitió sobre ella, aunque éstas las podamos examinar todas las veces que queramos.

Así, los principios que rigieron la filosofía política liberal en América Latina tienen un carácter semejante al del ejemplo que acabamos de mencionar.

Pero también hay historias de otros tipos de ideas, el problema puede surgir de otro modo; una historia de las ideas científicas podrá determinar mejor la validez de los principios del pensamiento científico que como lo puede hacer una historia con los principios del pensamiento político.

En nuestra América se han cultivado bastante estos tipos de historia de las ideas, pero también cabe la posibilidad de hacer una historia del pensamiento en la vida cotidiana. Puede hacerse una historia del positivismo en México como capítulo de la historia de la filosofía en este país, y también se puede averiguar si la gente de la calle, de las ciudades y los campos, tenía ideas semejantes a la élite científica, o si las tenía derivadas de aquéllas u otras completamente diferentes.¹ Se pueden hacer ambos tipos de historia a la vez, pero es necesario reconocer que se trata de dos géneros diferentes, que requieren distinta metodología sin que se renuncie a encontrar sistemas, principios y validez del pensamiento popular o cotidiano. La distancia que va de éste al otro es la misma que hay entre el conocimiento popular y el científico.

4. Con esto ya estamos enunciando algunos problemas del método de la historia de las ideas. Ella puede tratarlos en forma aislada, pero una historia omnicomprendiva tiene que tratarlos todos y otros más a los que nos referiremos adelante.

De hecho la historia no puede soslayar el carácter sistemático de las ideas. Por ejemplo, si hacemos una historia del liberalismo en México, o en Argentina o en cualquier otra parte, nos encontraremos con ideas políticas liberales, ideas económicas liberales, o ideas pedagógicas liberales, con conceptos artísticos liberales, etcétera, todos estos géneros distintos de ideas son tributarios de principios comunes, y su historia no puede evadir tal carácter sistemático sin perder capacidad explicativa.

También tiene que referirse a la validez o verdad de una idea; su cumplimiento en los hechos puede determinarse por la historia de esos mismos hechos o por otra ciencia contemporánea, según de la idea de que se trate. La validez o verdad del sistema de Ptolomeo es determinada por la física y la astronomía contemporáneas. Pero sólo la histo-

¹ Cf. William D. Raat, "Leopoldo Zea y el Positivismo: una Revolución", en *Latinoamérica*. Anuario del Centro de Estudios Latinoamericanos, UNAM, núm. 2. México, 1969.

ria fáctica nos puede dar elementos para ponderar la afirmación de Lorenzo de Zavala referente a la negatividad del régimen colonial para constituir la nación mexicana.

Empero, en la historia de las ideas no sólo se trata de determinar la validez de la idea sino también su *eficacia*, su poder de persuasión, su capacidad para engendrar hechos. Algunos historicistas confunden la validez con la eficacia, pero en rigor se trata de dos cosas distintas. Una idea puede tener eficacia independientemente de su validez, e incluso hay ideas que sólo tienen eficacia sin que presenten el problema de validez. Un ejemplo ilustre de esto último es la idea antifictiónica de Bolívar. La historia de las ideas pondría en claro sus antecedentes ideológicos, tendría que hacer un análisis minucioso de la misma y un examen de sus consecuencias posteriores, pero para determinar su grado de eficacia tendría que acudir a la historia fáctica para que mostrara sus antecedentes en los hechos y para explicar por qué no se puso en práctica y por qué, a pesar de eso, siguió teniendo poder de convicción. Pero no tiene caso averiguar si es verdadera o falsa.

También dentro de este terreno de la eficacia se puede investigar hasta qué punto las ideas de una élite científica o política penetran en lo más de la población y determinan sus creencias y formas de acción, o viceversa, etcétera.

Sin embargo el problema central de la historia de las ideas, que implica a los anteriores, es explicar el cambio de las mismas, pues, como dijimos, el objeto de estudio de la historia es el cambio, la temporalidad. A este respecto una posición que tratara de explicar el cambio de las ideas como consecuencia de los cambios históricos o sociales de las sociedades que la sustentan, estaría apelando a un mecanismo no confirmado en la experiencia y además trasladaría el problema a otra zona, la fáctica, de cuya explicación no se siente responsable. Las nociones de sistematicidad, validez y eficacia de las ideas tienen mucho que ver en la explicación del cambio.

Sin embargo consideramos, con la dialéctica, que para explicar el cambio de las ideas, lo mismo que cualquiera otro, la noción de contradicción es indispensable. Sólo que este término debe entenderse en un sentido lato. En rigor lógico sólo dos proposiciones que tengan el mismo predicado y el mismo sujeto, pero que una afirme y la otra niegue y una sea universal y otra particular, pueden ser llamadas contradictorias (como: todos los A son B y algunos A no son B).

Ésta es la definición de contradicción de la lógica formal tradicional, pero de la filosofía dialéctica se desprende otra definición que implica pugna o lucha o antagonismo o incompatibilidad entre diferentes términos. Tal contradicción, en consecuencia, puede darse entre concepto, entre proposiciones, o bien entre una proposición y su cumplimiento en los hechos, o, en el nivel de la eficacia, entre una idea y la acción que engendra, o, en el nivel fáctico, entre dos hechos, etcétera.

También quizá habría que desterrar la idea de que la contradicción es sólo entre dos términos. Tal bipolaridad no es necesaria, los términos contradictorios pueden ser múltiples formando un todo estructural contradictorio.² La agudeza de las contradicciones, en el caso de las ideas, que es el que ahora nos ocupa, determinaría la celeridad de los cambios, aunque esto no puede afirmarse de manera absoluta. Asimismo, podría explicar la calidad de los mismos.

Vamos a unos ejemplos: Leopoldo Zea en sus estudios sobre el positivismo en México y Latinoamérica encontró que las ideas comtianas sufrían una transformación al adoptarse en esta parte del mundo como consecuencia del gran impulso que había adquirido el liberalismo. Desde un punto de vista ideológico el positivismo de Comte, era una ideología de la restauración antiliberal, pero aquí apareció en distintas etapas al servicio de revoluciones liberales. O sea que el impacto y contradicción del liberalismo con la teoría positivista determinó la transformación de ésta y luego su posterior abandono y sustitución por el evolucionismo. Es éste un caso de contradicción entre los fenómenos políticos y la teoría política.

Pero puede darse otro en que la contradicción sea en el puro nivel de las ideas, en que la contradicción entre dos concepciones del mundo origina una tercera; como el de la Ilustración hispano-mexicana que trató de conciliar la concepción católica del mundo con la idea de progreso y obtuvo como resultado un eclecticismo, de honda repercusión en los hechos históricos posteriores.

Pero hay otros aspectos de la misma cuestión, el ritmo de los cambios históricos es diferente aun en el seno de un solo país y de una misma época. Por ejemplo, es fácil notar en algunos países de la América Latina que en ciertos niveles presentan un agudo antagonismo como, por ejemplo, el que hay entre una minoría muy enriquecida y la pobreza de la mayoría, pero que este antagonismo va acompañado de un estancamiento de esta situación. Y ocurre que, mientras las estructuras económicas y sociales permanecen estáticas, hay en esos mismos países una extraordinaria movilidad política e intelectual. Es un fenómeno común en la América Latina que las élites intelectuales con frecuencia vayan mucho más aprisa que las élites políticas y económicas. Lo cual produce una serie de fenómenos que han sido ya estudiados por los historiadores de las ideas.

Esta diferencia de ritmos en el cambio en distintos niveles de un solo país o de una sola región no puede ser explicada por el puro método de encontrar contradicciones bipolares, sino que, como ya dijimos, la multiplicidad de términos contradictorios forma estructuras de contra-

² Cf. Louis Althusser, *La Revolución Teórica de Marx*. Siglo XXI Editores, México, 1967. Y también del mismo autor junto con Étienne Balibar: *Para leer el capital*. Siglo XXI Editores, México, 1969.

dicciones, de tal manera que es un problema para el historiador establecer las relaciones entre estas diferentes estructuras. Siguiendo una sugerencia de José Gaos los historiadores de las ideas podrían proponerse la formulación de categorías propias de esa historia, es decir, criterios generales por medio de los cuales se organizan y conectan los datos que proporciona la investigación. Pero es evidente que las categorías de la historia del pensamiento no son las mismas que las categorías de la historia fáctica porque sus estructuras son diferentes y que el estudio de las relaciones entre ellas es un problema todavía en pie para la ciencia histórica.

5. Pasemos por último a examinar la situación del sujeto de las ideas, es decir, del que las concibe y sus vinculaciones con la sociedad o con la circunstancia histórica en la cual se encuentra inserto. Como ya lo anotamos, tenemos que rechazar la idea de que las ideas son sólo explicables a partir de las características del sujeto que las concibe, creemos que todo lo anterior habrá mostrado que las ideas se van determinando por el objeto a que se refieren, por el método que las trata y por el sujeto que las concibe. Pero es evidente que, a pesar de ello, la idea no es un objeto opaco que tiene que ser explicado absolutamente desde afuera, extrínsecamente; la idea, el proceso del pensamiento todo, es un proceso mediante el cual nos abrimos al mundo para conocerlo, metafóricamente podríamos decir que es nuestra ventana al mundo y no cosas opacas cuya explicación parte de la sociología, de la economía, o de la historia fáctica. La idea revierte sobre sus factores determinantes e informa acerca de ellos procurando formular su verdad o su razón acerca de ellos, adquiriendo incluso efectividad sobre ellos.

Por esa razón tenemos que rechazar la opinión de que el mundo de las ideas forme parte de una superestructura, determinada por una estructura más radical o anterior, que sea un simple epifenómeno de los fenómenos económicos. O, para decirlo más concisamente, que sea el resultado del manejo de los instrumentos de producción y de las relaciones de producción. La experiencia en el cultivo de la ciencia histórica nos muestra que esto no ocurre así. Rechazando la división entre estructuras y superestructuras Claude Lévy-Strauss ha mostrado en sus estudios sobre la cultura de los hombres primitivos que la llamada superestructura es tan determinante como la estructura misma, así por ejemplo, en algunos tipos de sociedades las relaciones familiares, y la posición que en virtud de ellas tienen sus integrantes, determina sus formas de trabajo y producción,³ esto es, que las relaciones de producción se dan en el marco de las relaciones sociales, y sin estas últimas no serían posibles las primeras. No sería difícil aplicar este razonamiento ya no a las sociedades primitivas, sino a los países latinoame-

³ Cf. C. Lévy-Strauss, *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

ricanos en donde, según las investigaciones de la CEPAL, la economía sigue siendo familiar aun en nuestras grandes ciudades aparentemente modernas.⁴

Y lo que se dice de las relaciones sociales puede decirse también del mundo de las ideas. La historia latinoamericana del siglo XIX está llena de ejemplos de la influencia ideológica en las actividades económicas y sociales. A esta influencia le llamamos antes la eficacia de las ideas. Menciono sólo un ejemplo al respecto, muchos de nuestros historiadores han hecho hincapié en el utopismo de nuestros ideólogos, y han mostrado cómo ese utopismo ha operado sobre los acontecimientos obteniendo resultados generalmente diferentes de los que se proponía. En la segunda mitad del siglo XIX encontramos casos como el de Alberdi que propuso la apertura irrestricta de América Latina ante el capital moderno con el fin de que nuestra América se modernizara y se industrializara. Esta ideología tuvo eficacia aunque los resultados no fueron los que la misma preveía.

Entonces, si rechazamos el economicismo, por la misma razón tenemos que hacerlo con el sociologismo, que trata de buscar la determinación de las ideas en la pura estructura de las relaciones sociales. Es cierto que todos los individuos están determinados por la estructura de la sociedad en que viven, pero no sólo por ella, ya mencionamos aquí las determinantes naturales, y tenemos que mencionar otras más como las determinantes culturales y las propiamente individuales. Lo que piensa un individuo también es determinado por lo que pensaron otros, aparte de las condiciones sociales o económicas en que éste se encuentra. Si a todas estas determinantes les llamamos *sociedad*, entonces el problema es sólo de nombre. Pero lo que es necesario aclarar también es que, como lo ha advertido muy bien el filósofo checo Karel Kosik,⁵ los individuos, si bien determinados por su circunstancia no lo son absolutamente en tanto que ellos mismos también son determinantes, esto es en tanto que ellos forman parte de la circunstancia determinante. De este modo es lícito tratar de precisar las determinantes sociales e históricas de la obra y el pensamiento de Simón Bolívar, pero también lo es el precisar las determinantes que él mismo creó; y este mismo proceso puede efectuarse no sólo con los individuos históricos sino incluso con fenómenos más amplios que los individuales, tales como las consecuencias y efectos de una revolución.

Esta misma objeción puede hacerse a cierto tipo de historicismo que apela a la circunstancia para explicar las ideas. Estas corrientes agravan todavía el problema porque suelen no precisar los perfiles de la circunstancia, o no definirlas simplemente. En todo caso, cuando se

⁴ Cepal, *El desarrollo social de América Latina en la postguerra*. Solar Hachette, Buenos Aires, 1963.

⁵ Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto*. Editorial Grijalbo, México, 1967.

trata de señalar alguna determinante de un cuerpo de ideas, es necesario precisarla con rigor. Si consideramos que tal o cual conjunto de ideas tiene una vinculación con tal o cual fenómeno social, se requiere precisar el fenómeno que la produce y el tipo de vinculación que hay entre ambos. Sólo así podremos averiguar en concreto si una idea tiene una causa social, económica, natural o individual, o todas a la vez. Tales son las sugerencias que, en forma sintética, tenemos que hacerle al trabajo del historiador de las ideas.